

Los cuerpos de los desaparecidos en la primera guerra mundial

El duelo imposible

Thierry Hardier y Jean-François Jagielski

*Hay que hacer hablar a los silencios de la historia, a esos terribles calderones,
en los que ya no dice nada y que son justamente los más trágicos.
Solo entonces los muertos se resignan al sepulcro.*

Jules Michelet¹

La Primera Guerra Mundial inaugura sin duda un nuevo tipo de conflicto industrial, en el que la producción de armamento destructivo llegó a niveles sin precedentes. Algunas cifras, que solo tienen que ver con las producciones relacionadas con la artillería, permiten captar su alcance. En el campo de la artillería pesada, Francia solo disponía en 1914 de 300 piezas, en su mayor parte obsoletas. En 1918, había 5200 piezas modernas o modernizadas operativas en el frente. En el transcurso de la guerra, la producción de artillería pesada francesa, que al principio del conflicto estaba considerablemente atrasada en relación con la de Alemania, es capaz no solo de igualar a esta, sino también de mejorar la dotación en artillería pesada y ligera de sus principales aliados rusos, americanos e italianos. La fabricación de obuses alcanza a partir del final de 1915 una capacidad productiva hasta entonces inigualada. En los combates de 1916 para la defensa de Verdún o en octubre de 1917 en la batalla de la Malmaison en el Chemin des Dames, en el curso de ofensivas que el Estado Mayor francés califica pudorosamente como «operaciones con objetivos limitados», varios millones de obuses fueron lanzados en unos lapsos de tiempo muy cortos y sobre unas porciones de frente particularmente estrechas. La Gran Guerra es ante todo una guerra tecnológica que moviliza los «frentes interiores» para saciar sus enormes necesidades logísticas.

Las pérdidas humanas no tardaron en marcar las conciencias. Mientras que en las guerras del siglo XIX eran debidas esencialmente a las balas, la mortalidad de los combatientes en adelante será causada esencialmente por esta utilización intensiva de la artillería.² El viejo adagio de las escuelas de guerra, que hacía de la

infantería «la reina de las batallas», será rápidamente destronado por una visión mucho más pragmática de la realidad de los combates: «La artillería conquista, la infantería ocupa». Algunas cifras permiten percibir mejor esta irreversible mutación: los historiadores militares estiman que en el curso de la Gran Guerra del 65% al 70% de las pérdidas humanas fueron provocadas por la artillería, mientras que en las guerras que precedieron a la primera conflagración mundial (el conflicto ruso-japonés, la guerra de Crimea) la artillería solo había ocasionado el 15% de las pérdidas humanas. Los combatientes situados en el corazón de los combates más duros, relatan en la literatura de testimonio una visión dantesca de esas «tormentas de acero», de un mundo absurdo gobernado por una «maquinaria anónima, demoniaca, sistemática, ciega».³ El obús, cuyo calibre saben reconocer solo por el ruido del disparo o de su desplazamiento por el aire, esas masas de hierro fundido y de explosivo que hoyan hasta el último rincón de terreno para desalojarlos, atormentan sin cesar a los espíritus. Pues cada uno de ellos sabe que esta nueva forma de guerra es una lotería macabra, en la que la suerte de no ser triturado por un obús tiene a menudo más importancia que los argumentos tácticos, que prevalecieron hasta la víspera del conflicto. Estar en esta guerra es, ante todo, saber «ponerse a cubierto» en el momento oportuno o encontrar un refugio profundo a varios metros bajo tierra, para dejar pasar la hoguera y esperar librarse. Guerra de lo invisible, en la que la presencia del enemigo se revela más por la cantidad de obuses lanzados sobre el adversario que por su presencia física. Mundo más subterráneo que aéreo, en el que la invisibilidad es garantía de vida, en el que hay que rechazar la idea misma de verticalidad de los cuerpos pues tanto de día como de noche el artillero reacciona a la menor alerta.⁴

Tal derroche de medios de destrucción masiva produjo un número de pérdidas humanas a la altura de los medios puestos en acción. Las estimaciones más fiables avanzan un número cercano a los 10 millones de muertos, civiles y militares indistintamente, para el conjunto de las naciones beligerantes. Una estimación hasta entonces inigualada, en la que por primera vez aparece un número considerable de desaparecidos. En este estudio abordaremos la cuestión de los desaparecidos únicamente desde el punto de vista francés, para no sobrepasar unos límites razonables.⁵ En la primera parte trataremos de delimitar las diferentes circunstancias en las que tuvieron lugar estas desapariciones. A continuación trataremos de mostrar cómo fueron percibidas estas desapariciones durante el conflicto, tanto en el mundo de los combatientes de primera fila, como en ese mundo al que se calificaba entonces de «mundo de la retaguardia». Finalmente examinaremos el periodo del conflicto y de la inmediata posguerra, mostrando la imposibilidad en la que se encontraban las familias para efectuar, en lo que concierne a los desaparecidos, un verdadero «trabajo de duelo».

Las desapariciones en los campos de batalla de la Primera Guerra Mundial están en el origen de una situación particularmente compleja. En efecto, se pueden distinguir dos grandes categorías de desaparecidos: los desaparecidos que tuvie-

ron la suerte de conservar la vida, a los que cabe denominar por tanto desaparecidos temporales, y los que murieron y cuyos restos no pudieron ser localizados. Ahora bien, esta doble categorización se subdivide a su vez en una multitud de situaciones singulares relacionadas con el contexto en el que se produjeron las desapariciones. Sin voluntad de ser exhaustivos, tratamos de catalogar algunos de los casos más frecuentes y representativos de desapariciones en el primer conflicto mundial.

Cuando la desaparición solo es temporal, el caso más frecuente es el de los soldados hechos prisioneros. Esta situación es habitual cuando el enemigo –con tropas especialmente entrenadas para este tipo de operación– organiza «ataques por sorpresa» con el objetivo de capturar prisioneros que podrán dar indicaciones sobre las unidades en presencia o sobre las defensas enemigas. La conquista de una posición es asimismo una gran proveedora de prisioneros, cuando las tropas de asalto no han recibido la orden de realizar una limpieza de trincheras.⁶ Estos ataques, tan característicos del primer conflicto mundial, implican a menudo grandes pérdidas para las tropas de asalto, que frecuentemente solo consiguen conservar muy difícilmente los segmentos de trincheras conquistados con unos efectivos disminuidos. El adversario, conociendo por experiencia la dificultad de mantener una posición conquistada, utiliza frecuentemente el contraataque, que se salda a menudo con una nueva ganancia de prisioneros, pero esta vez para el campo contrario. En estos dos casos, no es siempre fácil para los testigos que han combatido al lado de los desaparecidos saber si han caído prisioneros o si han muerto, pues la mayor parte de las veces este tipo de operación viene precedida por violentos bombardeos muy localizados, que pretenden atontar o aterrorizar a las tropas que soportan las nefastas consecuencias. El tercer caso de desaparición temporal son los soldados fuertemente conmocionados por los bombardeos y que sufren una amnesia pasajera o definitiva. La mayor parte de las veces estos combatientes son encontrados despavoridos, sin pertrechos, a veces completamente desnudos. Algunos han perdido el oído o la palabra y no recuerdan su identidad; otros hacen manifestaciones sin sentido. En tal caso estos hombres fuertemente traumatizados han de ser evacuados lo más rápidamente posible de la zona de fuego, con la esperanza de que recuperen (pasado un tiempo de reposo muy variable que depende de la intensidad de la conmoción) sus facultades mentales y, por tanto, su identidad:⁷

Hacia medianoche vienen a buscarme para ver al comandante Nervo, que repentinamente se ha vuelto loco. Ponerlo en la camilla y evacuarlo ya es un verdadero lío: no me reconoce. Jamin ha partido para establecer contacto y el comandante me pregunta quién soy yo. Busca su revólver. Lo cojo antes que él y me veo obligado a pelearme con él. ¡Y es un tipo fortachón! Los camilleros acuden en mi ayuda y los atan a la camilla.⁸

Estadísticamente, los desaparecidos temporales son una parte muy pequeña del conjunto de las desapariciones. El caso más frecuente es aquel en que el cuerpo de las víctimas de los combates desapareció en el momento de la muerte o después de la muerte del combatiente. También entonces las causas de las desapariciones son múltiples y vinculadas al contexto en el que se desarrollaron los combates. Los casos más frecuentes de desapariciones son aquellos en que los cuerpos fueron pulverizados por un obús. Los relatos de los combatientes evocan estas terribles situaciones, en las que el camarada que se encontraba a pocos metros del narrador resulta destrozado por un obús. Situación mucho más traumática cuando los testigos perciben o son alcanzados por los restos humanos volatilizados por la explosión:

!Ah!, los muchachos... Id a ver... no, es horroroso..., no hay nada que hacer... Chritiens..., los otros... hechos trizas..., Taffin... desaparecido... Como un loco, vuelve a bajar y detrás de él llegamos a donde el obús había caído.

De la trinchera solo quedaba un cráter y, en el fondo, unos cuerpos horriblemente mutilados, sus miembros hechos añicos se entremezclaban, yacían informes. Era una papilla de carne sanguinolenta mezclada con madera, con chapa, con tela y, en algún sitio, los huesos reventaban una venda de paño haciendo de media polaina o una manga de abrigo.

Yo vi a Chritiens, con el cráneo abierto, vaciado, sin ojos; una de sus piernas hecha añicos estaba doblada sobre su pecho. Es el único a quien hemos podido reconocer.

Eran nueve, se han encontrado ocho. Uno que ha desaparecido literalmente, volatilizado, era Taffin. Se ha encontrado un dedo con una alianza, en cuyo interior se ha podido leer «Taffin». Es todo lo que quedaba de él.

Hemos quedado inertes ante esta carnicería. Estábamos estupefactos por el horror. Al caer la noche recogimos esas carnes sanguinolentas y, después de envolverlas en unas telas de tienda de campaña, las hemos depositado en un agujero de obús, cerca de las trincheras.⁹

Otro caso muy frecuente de desaparición es el abandono de los cadáveres en tierra de nadie después de un ataque infructuoso. El recurso a treguas negociadas entre los beligerantes para recuperar a los muertos y a los heridos, es excepcional. Los cuerpos abandonados se descomponen y se desintegran entre las líneas a lo largo de los meses, haciendo imposible cualquier intento de identificación. Los relatos de combatientes mencionan en 1915 o 1916, al filo de los relevos de regimientos, estos restos de uniformes de color rojo subido de 1914 que «se secan entre las alambradas» enemigas. Por lo demás, la recuperación e inhumación de los cuerpos en los sectores de ofensiva de gran intensidad solo pueden efectuarse cuando las tropas que conducen el asalto conquistan el terreno. En caso de fracaso y de repliegue de las oleadas de asalto, los cuerpos están condenados a un abandono que ignora las reglas antropológicas ancestrales de respeto y de culto a los muertos; en tales sectores es incluso imposible prestar socorro a los heridos,

que agonizan entre las líneas durante horas, o durante días, y que engrosarán las filas de los desaparecidos. Algunos sectores del frente se convierten en grandes proveedores de desaparecidos, en función del tipo de combates que allí se lleven a cabo. Las colinas de Vauquois o de Éparges, para mencionar las más conocidas, por su configuración geográfica se convierten en sectores en los que se practica la de guerra de minas. El estallido de cargas formadas por varias toneladas de explosivos hace desaparecer secciones enteras y dejan, allí donde estaban las posiciones que han sido destruidas, inmensos agujeros abiertos en los que los cuerpos han sido aniquilados o sepultados para siempre. Con la entrada en la guerra de desgaste, la evolución de los armamentos se las ingenia para hacer desaparecer los cuerpos: el recurso a los lanzallamas, a las granadas de fósforo elimina toda idea de humanidad en esta primera guerra industrial y tecnológica, en la que el fin siempre justifica los medios.

Muchas desapariciones se producían también después de la muerte de los combatientes. Por la proximidad entre los lugares de sepultura y la zona de combate, no había garantía de que un cadáver, inhumado superficialmente en las líneas de combate o en un cementerio próximo a la zona de fuego, no desapareciese en el curso de un combate localizado o de una ofensiva de gran envergadura:

Allá, cerca de Perthes, el incendio continúa, entreverado con el estallido de fuegos artificiales. Detengo una sombra que viene hacia nosotros.

– ¡Eh, viejo!, ¿qué pasa por allí?

– ¡Es el cementerio que estalla, muchacho!

La sombra se esfumó.

– ¿El cementerio que estalla? Está chiflado ése, dijo Triquet. ¿Qué habrá visto ese imbécil?

– Tengo miedo, Triquet, amigo, mucho miedo –le digo yo–, en cualquier caso está terriblemente cerca.

Yo pienso en Guichard que está enterrado justamente ahí. Pienso en el croquis remitido al comandante, que debe escribir a la familia... Así pues, sería eso posible, Dios mío... Yo quiero dudar. La carga de ayer por la tarde ha penetrado completa y he podido saber que, en efecto, el cementerio de Perthes había saltado por los aires, como consecuencia de la presencia de un depósito de municiones alemanas, al que un obús hizo explotar.

Ahora solo hay dos enormes agujeros.

Del cementerio, ni rastro.¹⁰

Nos encontramos aquí en el núcleo de una particularidad de la Gran Guerra: un sector muy tranquilo, a merced de una decisión de ofensiva, puede convertirse en unas semanas en una zona de devastación absoluta. En estos lugares, la gestión administrativa y material de la muerte se ha vuelto casi imposible por la violencia de los duelos de artillería. Los cuerpos inhumados en las tumbas provisionales, en las fosas comunes o en los agujeros de los obuses sufren bombardeos,

que de nuevo aniquilan los restos. Los escasos signos identificadores (uniformes, carnets de identidad, botellas de vidrio con documentos de identidad civiles o militares) no resisten a estos ataques repetidos y tenaces. Otro factor de desaparición de los cuerpos *post mortem* es la gestión administrativa del campo de batalla. Si se daba el caso de que las tropas de asalto llegaran a conquistar el terreno, el avance suponía gravosas pérdidas. Los regimientos demasiado desgastados que habían participado en los asaltos eran sustituidos por nuevas tropas llamadas «de fresco». En este caso la recuperación de los cuerpos era atendida por unidades divisionarias o territoriales que no conocían la identidad de los soldados caídos en combate. Generalmente las inhumaciones eran apresuradas y masivas. En su mayoría, con una urgencia que descuidaba las reglas elementales que permitirían el posterior reconocimiento de los cuerpos. La «carga de los muertos» se realizaba con la ausencia de celo propia de un trabajo penoso, trivial y desmoralizante. El mismo sistema de identificación de los cuerpos fallaba entre los franceses. Al inicio de la guerra, de las placas de identidad puestas en funcionamiento en 1883 y que cada soldado generalmente llevaba en la muñeca, solo era suministrado un ejemplar sacado del cuerpo, cuando era encontrado. Si este último no era inmediatamente recuperado e inhumado con unos signos identificadores permanentes, era seguro que volvería a caer en un anonimato que acabaría hinchando las estadísticas de desapariciones. La utilización de las placas dobles –una que debía ser recuperada y la otra que tenía que quedarse en el cuerpo– que se introdujeron en 1916 mejoró un tanto los fallos del inicio del conflicto. Sin embargo, los informes de las autoridades militares encargadas de las exhumaciones o los relatos de los testigos que vivían en la antigua zona del frente durante la inmediata posguerra mencionan muy frecuentemente la mala calidad de estas placas y de los cordones que las fijaban en la muñeca, que se estropeaban rápidamente tras recibir sepultura los muertos. Las estimaciones más fiables¹¹ consideran que a la firma del armisticio solo tres cuartas partes de los soldados franceses caídos en los combates de la Gran Guerra habían sido debidamente identificados. Para 260.000 familias de desaparecidos el único horizonte era una época de dudas, esperanzas frecuentemente frustradas y embrollos administrativos y jurídicos. Esta situación se prolongaría hasta que un tribunal se decidiera por fin a pronunciar «una sentencia declaratoria de defunción»,¹² otorgando a las viudas y a los huérfanos el disfrute de ventajas materiales análogas a las de las familias de los «muertos por Francia».

Si la presencia de la muerte y del riesgo de desaparición era el sino casi cotidiano del soldado del frente, esta cercanía no había cambiado la nueva percepción de la muerte, tal como se había concretado en el tránsito del siglo XVIII al XIX¹³. La entrada en nuestra modernidad se había acompañado por un muy claro regreso a un profundo respeto a la individualidad de los muertos. El siglo XIX había contribuido fuertemente a una radical desaparición de la muerte percibida como una fatalidad colectiva, en la que el difunto entraba a la vez en la muerte y

en el anonimato. Durante toda la guerra, los combatientes consolidarán ese sentimiento moderno que quiere que un muerto sea y continúe siendo un individuo de pleno derecho, como atestigua Philippe Barrès:

Bajo la maraña de alambres de púas, de pinos arrancados, de la destrucción, hay un largo alineamiento de cruces; cada una con una sombra que la perfila, cada una con la misma palabra, a menudo mutilada donde el obús astilló la madera: «desconocido», –«desconocido»–, «desc...» Cuando Alain salió de este pasadizo, en la trinchera a la que había regresado, esta palabra, como una canción fúnebre, aún atormentaba su espíritu.¹⁴

Los relatos de guerra abundan en alusiones explícitas que reclaman el respeto y la salvaguarda de la individualidad de los muertos, que muy frecuentemente son camaradas de la misma compañía, o superiores jerárquicos que han compartido la vida de sus hombres en las trincheras. Nada le parece más intolerable al soldado de primera línea que contemplar –y muy a menudo sentir– los cadáveres sin sepultura de camaradas en descomposición entre las líneas. Los relatos de combatientes mencionan esas salidas nocturnas solitarias o en pequeños grupos, en las que los hombres vacilan en saltar el parapeto de la trinchera, sopesando todos los riesgos que esa decisión puede implicar, para recuperar o enterrar ahí mismo con los pocos medios de los que disponen, uno o varios cuerpos que han quedado entre las líneas. Para evitar que esos cuerpos permanezcan para siempre en el anonimato de la desaparición, los soldados parten a estas expediciones macabras con la esperanza de recuperar los documentos de identidad de las víctimas o algunos objetos que les hayan pertenecido y que se esforzarán por hacer llegar a la familia. La localización precisa del emplazamiento de los cuerpos rápidamente enterrados bajo algunos centímetros de tierra permite igualmente, a los responsables correspondientes del regimiento, trazar unos croquis topográficos, en los que son localizados con la mayor precisión posible los lugares de las sepulturas provisionales: agujeros de obuses o trincheras abandonadas que sirven de fosas comunes. Y esta real voluntad por parte de los combatientes, verdadera «primera comunidad de duelo», de luchar cueste lo que cueste contra el encadenamiento de las desapariciones, proseguirá con obstinación incluso en la posguerra, período en el que muchos veteranos se empeñarán en ayudar a las familias en sus búsquedas, regresando a las zonas de combate donde habían sido los primeros testigos y los únicos oficiantes de los enterramientos de cuerpos:

El año pasado, pues yo trabajo a menudo en estos llanos, vino un teniente, un antiguo oficial así como usted, por aquí. Buscaba la tumba de un soldadito para mostrársela a su viuda. Por la noche aún no la había encontrado. Me dijo que dormiría en una antigua trinchera, antes que irse sin haber encontrado a su compañero. ¡Pero bueno! ¡Los que vuelven por aquí ya no se parecen mucho a los vivos! Son como si dijéramos los compañeros de los muertos.¹⁵

El recurso a las fosas comunes no fue considerado por los soldados más que como un mal menor necesario en periodos de ofensiva ante las realidades del campo de batalla. Sin embargo, este medio de inhumación era el método de sepultura tradicional reservado a la tropa en los conflictos que ensangrentaron el siglo XIX. La tumba individual estaba reservada a los oficiales superiores. Hasta 1915 los reglamentos militares prescribían el enterramiento de los muertos en la proximidad de las zonas de combate, en fosas que no debían superar el centenar de cadáveres.¹⁶ Los oficiales debían ser enterrados en fosas aparte. Pero las prácticas funerarias reales fueron muy diferentes de las preconizadas por los textos reglamentarios. Los combatientes, sobre todo cuando el frente se estabilizó y se entró en la guerra de posiciones, enterraban a sus camaradas en tumbas individuales con signos distintivos (cruces con sus nombres, decoraciones con materiales recuperados o vasijas de vidrio compradas en las ciudades y pueblos en las proximidades del frente). La fosa común no les parecía que garantizara las señas de respeto y de identidad debidas a los que habían muerto a su lado. Los riesgos de confusión entre los cuerpos eran demasiado importantes: nada permitiría afirmar verdaderamente que en un futuro próximo se podría volver a darles a los muertos una tumba individualizada, sobre la que figuraría un nombre. Nada podía asegurar que ese lugar se convertiría en un lugar, en el que la familia podría venir a recogerse y a honrar los restos de los que habían muerto defendiendo el país. Frente a este rechazo tácito, las autoridades militares tuvieron que tomar en consideración esta evolución de las mentalidades y corregir unos textos reglamentarios que habían quedado obsoletos. Una ley del 29 de diciembre de 1915 tomó en cuenta esta evolución de las mentalidades y garantizaba la sepultura individual y perpetua a costa del Estado.

Para las familias, el estatuto de desaparecido durante la Gran Guerra es a la vez portador de esperanza y de angustia. Sin embargo, los familiares tendrán que contentarse con esta ambigüedad inicial y prolongada después de haber recibido –a menudo semanas e incluso meses después de la desaparición– el comunicado que informaba de esta desaparición. Hoy se sabe, por los estudios que se han llevado a cabo sobre este tema,¹⁷ la importancia que los combatientes y sus familias daban al correo. No recibir cartas del frente durante un largo periodo solo podía presagiar una muerte casi verificada. En ese caso, la llegada de la comunicación de la desaparición constituía para las familias una escapatoria psicológica, que podía dejar de lado al menos provisionalmente la idea de la muerte. Paradójicamente, el comunicado que certificaba la desaparición era percibido por las familias como un mal menor, puesto que no anunciaba lo irremediable. La esperanza de ver al desaparecido, a lo mejor prisionero, tal vez herido y acogido en las líneas enemigas, podía reconfortar a las familias, que habían soportado durante tanto tiempo la terrible angustia de la ausencia de noticias. Esta esperanza, mantenida mal que bien por las familias, podía verse fortalecida o debilitada por quienes hubieran sido testigos de la desaparición. Entonces el único recurso

era entrar en contacto postal o directo (sobre todo después del restablecimiento de los permisos)¹⁸ con el superior jerárquico o con el compañero de compañía, que había participado en el mismo combate que el desaparecido. Y el paciente trabajo de búsqueda por parte de las familias tomó cuerpo aún en tiempo de guerra [cfr. infra, la carta de Madame Prévost] en una verdadera solidaridad entre los que se encontraban afectados por una búsqueda semejante, cuyo desenlace era incierto, pero en la que subsistía una parcela de esperanza. Pues son la incertidumbre, la duda vinculada a una ausencia de elementos nuevos, lo que socava progresiva pero irremediablemente la esperanza, que había nacido en el momento en que la familia recibía el comunicado de desaparición. Los parientes preferían saber rápidamente y por todos los medios que podían poner en marcha, si el desaparecido había sobrevivido o no. La aceptación progresiva, gradual de la idea de que había muerto, cuando ninguna noticia llegaba, parece participar de ese largo proceso de duelo que entonces se ponía en marcha. Durante la Gran Guerra las familias se vieron confrontadas tanto a la brutalidad de la noticia (la entrega del acta de defunción por el alcalde o por el cartero) como, para los desaparecidos, a una larga y progresiva aceptación de un duelo que no decía su nombre, una ausencia más allá de la ausencia, porque el cuerpo del desaparecido no retornaría probablemente jamás. En este mismo proceso hay que distinguir también entre las familias que sabían que no volverían a encontrar jamás el cuerpo y las que se aferraban desesperadamente a la esperanza de la identificación de los restos, cuando el cuerpo había sido localizado y encontrado con suficientes índices identificativos.

Durante el conflicto, pero también después, el Estado puso en marcha una importante legislación dirigida a la reparación de los daños por el hecho de la guerra. Las leyes francesas reconocieron el derecho a reparación de las víctimas de la guerra. El Estado no solo reconoció el derecho a la indemnización material, inmobiliaria y financiera,¹⁹ sino que igualmente asumió a su cargo el perjuicio moral y humanitario ocasionado por la guerra, pidiéndole a la nación que diera muestras de solidaridad con los que habían sufrido física o moralmente las violencias de la guerra. La puesta en marcha de ayudas y ventajas para las viudas de guerra, la creación de la Obra de los Huérfanos de la Nación, la legislación dirigida a proporcionar asistencia a los heridos y mutilados, tanto militares como civiles, indiscutiblemente llevaron a Francia a una legislación que desembocó en una voluntad real de reparación. Al salir de la guerra, Francia es un país que tiene el sentimiento de que una victoria tan duramente conseguida se debe al sacrificio de una buena parte de la nación y que, a cambio de ese sacrificio, debe indemnizar y sostener lo mejor posible a todos los que, de una manera u otra, han pagado con su persona para ofrecerle la victoria. Este derecho a la reparación para las víctimas de la guerra fue considerado por todos –y muy especialmente por los antiguos combatientes– como una prioridad absoluta. Las familias de los desaparecidos, sin embargo, se sintieron excluidas de este proceso, que parecía

olvidarlas. En efecto, ninguna compensación financiera o material pudo llenar el inmenso dolor provocado por la ausencia de los cuerpos de los que habían desaparecido en la tormenta. El deseo y el deber del recogimiento sobre la tumba, ese acto importante que facilita psicológicamente la aceptación del duelo, les estaba vedado *de facto*. El concepto de duelo está estrechamente vinculado a la noción de desenlace, llevando a término una aceptación íntima y pública de la muerte. La imposibilidad del duelo provocado por la ausencia del cuerpo abre el camino a una secuencia traumática larga e inherentemente interminable: los desaparecidos de la Gran Guerra eran unos muertos que no acababan de morir. Surgió así una impresión de viva frustración en el corazón de las mujeres y de los hombres que esperaban del Estado que, por lo menos, les devolviera los restos de los que, por el hecho de su desaparición, estarían movilizados, incorporados a un regimiento, a una división para la eternidad. Lo que no pudo asumir el Estado francés, a pesar de esta voluntad real de «reparar», es este vivo sentimiento de expropiación, descabellado, pero muy real. El Estado no solamente había tomado la vida de sus seres queridos, sino que además no podía o no quería devolverles rápidamente los cuerpos: si las vidas estaban irremediablemente perdidas, al menos que los restos pudieran dejar esas tierras de caos y de desolación anónimas para reunirse con la comunidad familiar, que por fin les restituiría la humanidad y la individualidad por medio de los ritos funerarios apropiados. Sin duda, en este proceso mental hay una parte de irracional y afectivo, contra la que era muy difícil actuar por parte del Estado. Y es precisamente en esa dimensión irracional del dolor íntimo donde se refugiaron las familias de los desaparecidos, para emprender las búsquedas y tratar de sustituir a los funcionarios de registro civil en los campos de batalla, cuyo minucioso y complejo trabajo de pesquisa, de verificación de informaciones y de identificación no concluía, a sus ojos, de una manera suficientemente rápida.

Los desaparecidos desaparecieron en un mundo que para las familias no fue más que una abstracción recompuesta por los relatos más o menos fantásticos de los periodistas o por los relatos auténticos de sus camaradas de combate, cuando no practicaban la autocensura afectiva, como sucedió a menudo. La mayor parte del tiempo, el mundo de la retaguardia tuvo que contentarse con una imagen de la realidad y del horror de los campos de batalla deformada por el enfoque y la propaganda periodística. Una hábil y necesaria compartimentación geográfica realizada por el mando militar y por las autoridades gubernamentales desde el inicio de la guerra ayudó a mantener este estado de ánimo. Por decisión ministerial del 2 de agosto de 1914, Francia quedó dividida en dos zonas relativamente herméticas, denominadas respectivamente zona del interior y zona de los ejércitos. El acceso de los civiles a la zona de los ejércitos estaba estrictamente reglamentado. En efecto, este espacio geográfico pasó rápidamente a la tutela administrativa y judicial de la autoridad militar. Si se producía una muerte o una desaparición, las familias no obtenían normalmente salvoconducto para en-

trar en la zona militarizada. Un espacio geográfico inaccesible, herméticamente cerrado, les prohibía dirigirse a los lugares de sepultura o iniciar una búsqueda sobre las circunstancias de una desaparición. Durante la guerra, por lo demás, no es exagerado decir que todos los muertos de la zona del frente fueron percibidos por sus familias como desaparecidos, puesto que el acceso fue severamente controlado por la autoridad militar, que sólo concedió muy parsimoniosamente –y la mayor parte de las veces por recomendación– las autorizaciones necesarias que permitían el acceso a la zona de los ejércitos. Durante toda la guerra, la experiencia del duelo fue refrenada por estas consideraciones administrativas y militares, cuya legitimidad práctica y estratégica ciertamente no puede ser puesta en cuestión. Esta situación provocó en los primeros meses posteriores al armisticio una avalancha hacia las regiones devastadas. Las familias afectadas por un duelo o por una desaparición, que habían sido retenidas contra su voluntad en el transcurso del conflicto, llegaron rápidamente y bastante masivamente hasta los «pueblos arrasados» de la antigua zona del frente. Esta afluencia fue a la vez comprendida, pero también canalizada, por las autoridades civiles y militares que tenían a su cargo la reparación de estos sectores de intensas devastaciones. Sin embargo, este reconocimiento no dejó de suscitar desencuentros entre las familias desconsoladas y las autoridades administrativas, que trataban de poner un poco de coherencia en lo que frecuentemente no era más que un caos indescriptible.

Las autoridades municipales de la antigua zona de las operaciones y los servicios de Registro civil del campo de batalla, creado por el Estado francés en la inmediata posguerra, recurrieron a las familias para que cooperasen en el inmenso trabajo de la identificación de los cuerpos. La llegada de uno o varios miembros de una familia, además de su valor naturalmente afectivo y conmemorativo, permitía ayudar a la identificación de los restos por la mediación de los índices antropométricos y morfológicos o por medio de objetos encontrados en los cuerpos. Sin embargo, muy rápidamente estas autoridades tuvieron que hacer frente a unas búsquedas «salvajes», procedentes de familias o de personas retribuidas por esas mismas familias. Las razones que llevaban a esos grupos de personas a efectuar por sí mismas las búsquedas o las identificaciones de cuerpos eran diversas. Algunos padres, cuya esperanza de hallar el cuerpo de un hijo desaparecido se había visto frustrada en repetidas ocasiones, tenían tendencia a adueñarse de no importa qué resto de soldado, a fin de repatriarlo al panteón familiar. Esta actitud obsesiva aspiraba a mitigar la ausencia vinculada a la desaparición y a encontrar un sustituto del cuerpo ausente no importa a qué precio. Así ocurría para este padre, que había ido durante la noche a exhumar un cuerpo, en el que creyó reconocer los restos de su hijo y que terminó su declaración diciendo: «Yo sé que he violado todos los reglamentos sobre las exhumaciones y transporte de cadáveres, pero mi mujer deseaba ardientemente, incluso enfermizamente, darle una sepultura conveniente a nuestro hijo y hacerle reposar en un panteón que

tenemos en el cementerio de Ivry-Commune. He hecho caso omiso y he actuado así». ²⁰ Otras familias procedían a estas exhumaciones «salvajes» con una voluntad real de ir más deprisa que las autoridades encargadas de la gestión de los antiguos campos de batalla. La estancia en las regiones devastadas costaba cara a las familias, que disponían de pocos medios. La vida cotidiana, los desplazamientos ocasionados por las exhumaciones eran especialmente incómodas, puesto que casi no existía ninguna infraestructura de carreteras o de hoteles en las regiones devastadas: «A menudo el joven divisaba, inclinados sobre unas tumbas, a unos padres que buscaban como él, a unas pobres gentes llegadas del otro extremo de Francia, que habían viajado dos días sin dormir, con algunas provisiones en una cesta. Asistió a unas exhumaciones, vio abrir una fosa común, en donde los muertos reposaban bajo una capa de cal». ²¹ Encontrar un cuerpo para partir lo más pronto posible fue una motivación real: la del acto realizado en detrimento de las largas y difíciles diligencias administrativas, más aun en la medida en que las autoridades encargadas de los trabajos de exhumación y de identificación tenían mala reputación en la gestión de las «tierras asesinadas» Se les reprochaba una dejadez teñida de indiferencia, un espíritu muy rutinario y a menudo una extrema ligereza en el cumplimiento de su tarea:

Los dos hombres se dirigieron más aprisa hacia el equipo de los amarillos. Inclinados sobre una tumba casi a ras de tierra, con la pala bajo el cadáver, uno de los sepultureros daba empujones para separarlo del suelo. El cabo que vigilaba el trabajo –especie de vago imberbe– bizqueó por el lado de los intrusos y saludó vagamente, con un dedo en la visera.

– No digáis nada, aconsejó en voz muy baja Didier Roger.

El cuerpo del soldado se dobló. Al enterrarlo, lo habían enrollado en su manta oscura y este sudario completamente carcomido le escondía el rostro. Los chinos lo habían sacado de su fosa y lo tiraron sobre la tela extendida.

– Medalla, solicitó el cabo señalando la placa de identidad que el muerto llevaba en la muñeca.

Un chino la arrancó y se la dio al francés, que se la metió en el bolsillo. Los otros rodeaban la siguiente fosa e inmediatamente sacaron de ella un cuerpo horrible, al que un obús había debido triturar. Lo tendieron cerca del otro, sin registrarle.

El cabo, a quien los dos testigos molestaban, hizo como si mirara en la muñeca y en la herida, por si el muerto tenía su placa. Después, poniéndose de pie:

– Se acabó, es un desconocido, dijo con voz cansina.

Didier Roger lo miró de arriba abajo:

– ¿Qué sabe usted? Usted no lo ha registrado, puede tener su cartilla, algunos papeles.

– ¡Ah!, es muy raro, replicó el tipo aquel con aire enojado. Y, además, los muchachos no siempre quieren rebuscar, les da asco.

Un amarillo, que había debido comprender, apartó el uniforme hecho jirones y sacó una carpeta repleta de cartas, sujetada con una cuerda.

– Ya lo ve, prosiguió Didier Roger. Y tenga lo que he encontrado allá abajo, al borde de una tumba.

Le alargó la placa de cinc que había arrancado de una cruz. El cabo la cogió de mal talante y leyó el nombre.

– Sí, seguramente, refunfunó, pero yo no puedo estar por todas partes a la vez, ¿verdad?

Después de eso, para acabar, se metió la placa en su bolsillo, mezclada con todo lo demás, y les dio a sus hombres la señal de marcha.

Pero el granjero lo retuvo.

– ¿Sabe usted por lo menos a qué cuerpo pertenece esa placa que acabo de darle?

La nariz del cabo se frunció: le estaban sacando de sus casillas.

– ¿Y yo qué sé? Ya se buscará. ¡Usted quizás cree que esto es un trabajo divertido! Yo hago lo que se me dice, nada más... Y vosotros, andando, que por hoy se ha acabado.²²

Esos reproches, a veces justificados, a veces injustos cuando no tenían en cuenta la amplitud y la complejidad de la tarea a realizar, obligaron a los representantes del Estado a reaccionar contra unas prácticas mercantiles, que seguramente dañaban el buen desarrollo de las búsquedas y de las identificaciones:

Se ha requerido reiteradamente la atención del Señor Presidente del Consejo, Ministro de la Guerra, y del Señor Ministro del Interior sobre las actuaciones de algunos individuos que, por cuenta de las familias, proceden a la exhumación y al transporte de los cuerpos de militares inhumados en la antigua zona de los ejércitos, pese a no contar con la debida autorización, denegada regularmente por los alcaldes de conformidad con las instrucciones en vigor. Para facilitar la identificación de estos contratistas de exhumaciones clandestinas, ruego me señalen con toda urgencia las inhumaciones que se hayan realizado en sus municipios de cadáveres de militares traídos de fuera y me remitan, asimismo, una nota con las declaraciones de la familia sobre las circunstancias del transporte.²³

Y en último término en algunas regiones cuyo importante potencial agrícola de antes de la guerra tenía que ser rápidamente restaurado, la desaparición hábilmente organizada de cuerpos aún no trasladados y reagrupados, simplificaba evidentemente las operaciones de recuperación y puesta en condiciones de las tierras cultivables por parte de algunos agricultores con problemas de productividad:

En ese momento Serval y su compañero vieron en la cantera a una mujer que iba y venía.

¡Mira ahí otra que busca una tumba!, dijo el obrero de la cantera. Veo a muchos subir aquí, pero nunca para pasearse. Sí, seguramente busca una tumba. Pero ya no hay. ¡Se las han llevado! Sin embargo, no más tarde que ayer, un trabajador de Casona Roja «devolvió» a dos ingleses a ese campo.²⁴

Una alegaciones confirmadas por fuentes administrativas:

El Señor Subsecretario de Estado de la Administración en el Ministerio de la Guerra me hace saber que se le advierte frecuentemente de que ciertos labradores hacen desaparecer tumbas diseminadas en los terrenos de cultivo en el transcurso de los trabajos de labranza. El servicio de registro civil en las regiones liberadas debe proceder con la máxima diligencia al reagrupamiento de las tumbas aisladas en cementerios convenientemente escogidos, pero antes de la realización de estos trabajos de exhumación, es preciso impedir con la mayor energía la profanación de las tumbas de nuestros soldados. Cuando un hecho semejante les sea advertido, deberán comunicarlo a las autoridades judiciales y ponerlo igualmente en mi conocimiento. En consecuencia, les ruego tengan a bien exhortar a sus administrados a que respeten las tumbas diseminadas en los terrenos de cultivo.²⁵

La conmemoración de los desaparecidos en los primeros años de la posguerra se enfrentaba a una situación especialmente delicada y debe reconocerse que, al menos en este punto, las más altas autoridades del Estado francés fueron bastante torpes. Las familias de desaparecidos reclamaban un cadáver y la intimidad del duelo, pero solo se les ofrecieron tres terapias de grupo tan abstractas como inapropiadas: la de los osarios, las ceremonias ante los monumentos a los muertos y la glorificación del Soldado Desconocido. Es interesante contrastar aquí dos discursos de índole diametralmente opuesta. La retórica oficial, reflejada en los discursos pronunciados en las inauguraciones de osarios o en los escritos dedicados al Soldado Desconocido, propone a las familias de desaparecidos que identifiquen y hagan coincidir la pérdida que les afecta con el mundo anónimo de la muerte de masas simbolizada por los osarios o con este «embajador de los muertos», en el que cada una de las familias de desaparecidos se supone que ha de reconocer al suyo. Las declaraciones del ministro de los Antiguos Combatientes, André Maginot, que presidió en Verdún el 10 de noviembre de 1920 la ceremonia durante la cual el soldado Augustin Thin, tal como le había sido encomendado, eligió entre ocho cuerpos no identificados el del Soldado Desconocido, hacen referencia a este estado de ánimo de las autoridades de la época:

Nuestra principal preocupación es asegurar de la mejor manera el anonimato, de suerte que las familias que sufren el dolor de haber perdido a uno de los suyos en la guerra, sin que haya podido ser identificado, siempre puedan pensar en buena lid que su ser querido es el destinatario de este supremo homenaje.²⁶

Se trata sin duda de un razonamiento de consenso y además simplificador, en el que se trasluce un estado de espíritu que volvemos a encontrar bajo la pluma de la autoridad militar del general Weygand, en el estudio que dedicó al 11 de noviembre:

Esta idea de honrar a los más modestos y a los más oscuros de nuestros héroes, haciendo recaer el homenaje en un soldado desconocido, respondía a un sentimiento universal. Un inmenso deseo de expresar el reconocimiento a tanta entrega, de subrayar la proximidad a tanto dolor, de encontrar en la gratitud por un sacrificio sin precedentes una forma de veneración a la vez nueva y digna de su objeto, animaba a los pueblos al salir de la tormenta... Así, todas las familias que no han encontrado a uno de los suyos podrán creer que el Ser querido a quien lloran es el Soldado Desconocido.²⁷

Y así concluye, como para sostener mejor su argumento con los hechos:

En el momento en que los restos mortales salían de la ciudadela, una mujer surgió de la muchedumbre con sus largos velos de luto y vino a besar la madera del ataúd. Todas las madres que no saben dónde reposa su hijo pueden, como aquella, esperar que el suyo haya recibido los honores supremos.²⁸

Es más que dudoso que «el sentimiento universal» de las familias de los desaparecidos se cifrase en esta voluntad absoluta de preservar el «anonimato» del Soldado Desconocido con la esperanza ilusoria de que su muerto repose bajo el Arco de Triunfo. Las familias de los desaparecidos después de tantos años de duda y de angustia, ¿iban a contentarse con esta «proximidad a tanto dolor» un tanto formalista? En absoluto... Nos encontramos aquí en el centro de un profundo malentendido entre un deficiente discurso oficial que apunta a convertir a las víctimas en héroes,²⁹ un discurso generalmente reductor en su incapacidad para nombrar lo innombrable, y el inmenso dolor de las familias, un dolor íntimo, replegado sobre sí mismo, con frecuencia mudo. La aspiración profunda de aquellas gentes de luto era encontrar el cuerpo del ser que no tenían consigo, a fin de arrancarlo finalmente del campo de batalla en el que había sucumbido. Era una voluntad de reapropiación física y simbólica que debía culminar enterrándolo en el panteón familiar. Sentimientos a la vez sencillos e irrealizables, humanos y quiméricos, guiados por el dolor y la desesperación, que percibieron y compartieron intelectuales como Roland Dorgelès y Jean Guéhenno. Palabras amargas y desengañadas de ex combatientes, que sin embargo se identifican mucho mejor que la elocuencia oficial con la angustia de las familias afligidas:

De los durmientes de azul que partieron, quedan trescientos mil en la inmensa necrópolis que se extiende a lo largo de muchas leguas de Mort-Homme a Damloup, trescientos mil por lo menos, y aún más alemanes, sus batallones mezclados en un horrible abrazo que ya no se desenredará. Trescientos mil destinados a la fosa común, trescientos mil desaparecidos cuyas familias jamás sabrán nada. Trescientos mil muertos, ¿eso cuántas lágrimas hace?³⁰

Pero eso fue un golpe de genio: la idea de transportar y de instalar en pleno centro de París a uno de esos pobres muertos se le ocurrió a un ministro –¿pero a cuál?–. Los buenos métodos no se habían perdido: igual que durante la guerra se diezma-ba a veces los regimientos de los vivos, para que sirvieran de ejemplo, esta vez se diezmo el innumerable ejército de los muertos, también para nuestra edificación. Se desenterraron de los cementerios del frente seis cadáveres sin nombre;³¹ se sorteó uno de ellos, se le puso en un hermoso ataúd con clavos de plata y toda Francia lo condujo hasta esta tumba en la que ahora se encuentra, bajo el Arco de Triunfo, como un testigo o un rehén. Él es quien garantiza la virtud de nuestros dueños y señores, la fidelidad de su recuerdo, su entrega al bien público. Él es al que quieren saludar el día de su toma de posesión; después de lo cual todos sus pensamientos se suponen inspirados en él, como los del rey Numa por la ninfa Egeria.

En medio de la plaza de l'Étoile, de París, de Francia, han hecho de este pobre muerto el gran inspirador de la ceremonia social, tal como quieren que esté regulada, el ídolo que siempre dice sí, encargado de justificar el mundo tal y como funciona, tal y como ellos quieren que vaya. La tumba del más despojado de los hombres, del que perdió en la guerra hasta su nombre, se ha convertido en el lugar en el que se reúnen los poderes establecidos, la peregrinación de las gentes bien situadas, el altar del orden.³²

Efectivamente, era mucho más fácil para las autoridades del Estado enmascarar y acallar por medio de una abstracción, aunque vacía de sentido, esta angustia que brotaba por todas partes. Para las familias de los desaparecidos no se postuló ninguna otra cosa fuera de estas raras y torpes ceremonias de duelo público frente a los monumentos a los muertos. En cuanto al duelo íntimo, o no tuvo lugar por la ausencia del cuerpo o fue sublimado por medio de «reliquias»,³³ que fueron piadosamente reunidas y conservadas por las familias. Enlazando con una tradición, que no deja de recordar algunos relatos de Maupassant, ciertos objetos –cartas enviadas desde el frente, fotografías, efectos que habían pertenecido al desaparecido– sustituyen metafóricamente al cuerpo ausente y ocupan un sitio en el corazón de la casa del difunto. Objetos sagrados, sacralizados, dedicados a una íntima devoción familiar, como lo atestigua este pasaje de una novela de René Naegelen que evoca determinadas acciones execrables que se llevaron a cabo con cadáveres abandonados durante la guerra:

Y eso es lo que atrae a ese bandido de Beuret, el dinero; para atracar a los cadáveres arriesga la piel todas las noches. Si se contentara en robarles sus cuatro perras, ¿dónde estaría el mal? Pero en su precipitación, viola el secreto de los muertos, les quita las carteras, deja tiradas por ahí las fotos, la última carta, el mechón de pelo de la hijita, todas esa reliquias piadosamente protegidas de las inclemencias y que, algún día, podrían constituir bajo la tapa de un viejo arcón en alguna humilde habitación un recuerdo sagrado del desaparecido.³⁴

Los familiares del desaparecido crean así un espacio de duelo privado en torno al relicario. Su primera vocación es la de sustituir a la tumba ausente y per-

mitir a los supervivientes una conducta que con toda seguridad se asemeja a la propia del mantenimiento de una sepultura.

No es sencillo, desde luego, delimitar los pormenores de la amargura o mal humor que fue, sin duda alguna, uno de los sentimientos más compartidos por la opinión pública francesa en el transcurso de los años que siguieron a la primera gran conflagración mundial. La angustia de las familias de los desaparecidos fue en este aspecto representativa de una situación a menudo insoluble, eminentemente complicada, frente a la cual el Estado francés supo poner en marcha órganos administrativos eficaces para la búsqueda de los desaparecidos, pero experimentó dificultades para encontrar las palabras y los gestos reparadores con respecto a las familias afectadas por una desaparición. La tan esperada victoria estaba ciertamente ahí después de cuatro años de grandes esfuerzos. Pero una pregunta candente no dejaba de latir en una opinión pública desorientada por la magnitud del desastre: ¿estaba justificado el precio enorme que hubo que pagar por esa victoria, todos aquellos sacrificios humanos y materiales? Las deudas morales de la nación francesa con respecto a los muertos y a las familias de los desaparecidos fueron comparables a las deudas en dinero contante y sonante contraídas en el curso de la guerra: un amplio y doloroso pasivo gravó a todos. Probablemente las familias de los desaparecidos habrían podido hacer suya esta amarga reflexión de Paul Flamant: «La posguerra ha hecho de nosotros unos solitarios, en la dispersión general de los hombres y de las cosas».³⁵

Traducción de Rafael Tomàs

NOTAS

1. Tomamos este pasaje de Michelet del estudio literario de Carine Trévisan titulado *Les Fables du deuil. La Grande Guerre: mort et écriture*, PUF, 2001.
2. Las estadísticas establecidas por las autoridades militares francesas durante la guerra fijaron que se necesitaban 20 cañonazos para dejar a un hombre fuera de combate (Louis Marin, «Proposition de résolution tendant à charger le commission des armées d'établir et de faire connaître le bilan des pertes en morts et en blessés faites au cours de la guerre par les nations belligérantes». Sesión ordinaria del 29 de marzo de 1920, *Annales de la Chambre des Députés*, Documentos Parlamentarios, Tomo XCVI, anexo n° 633, Imprenta de los Diarios oficiales, 19221, p. 75).
3. Blaise Cendrars, *J'ai tué*, À la Belle Édition, 1918, no paginado.
4. Los relatos de combatientes situados en sectores activos no dejaban de denunciar estas llamadas intempestivas –frecuentemente injustificadas– a los fuegos de barrera, que irremediamente también provocaban una respuesta desproporcionada del adversario.
5. Por las mismas razones, aquí solo abordaremos muy parcialmente la cuestión de la gestión administrativa y legal de los desaparecidos durante y después de la guerra. Sobre este tema, cfr. Thierry Hardier y Jean-François Jagielski, *Combattre et mourir pendant la Grande Guerre (1914-1925)*, Imago, 2001, pp. 329-333 y 352-357.
6. Esta práctica, que parece que se inició en Champagne en septiembre de 1915, se mantendría hasta el final de la guerra. Todo depende de la actitud de los soldados que han sufrido el asalto: o se rinden rápidamente y sin resistencia (por lo general alcanzan por sí mismos la retaguardia para constituirse en prisioneros) o resisten en la posición conquistada y son despiadadamente masacrados con granadas o con arma blanca por los grupos especializados en la limpieza de trincheras.

7. Cfr. Jean-Yves Le Naour, *Le Soldat inconnu vivant*, Hachette, 2002.
8. *Les Carnets de l'aspirant Laby, médecin de tranchées, 28 juillet 1914-14 juillet 1919*, Bayard, 2001, p. 176.
9. Jean Berthaud, *Sur les Hauts de Meuse. En Champagne. 1915*, Éditions des «Échos des Anciens Combattants», 1934, p. 286.
10. Jean Berthaud, *op. cit.*, p. 284.
11. Louis Marin, «Proposition de résolution...», *cit.*, p. 44.
12. Ley de 25 de junio de 1919 con el objeto de regular desde el punto de vista jurídico la situación de los militares desaparecidos en un hecho de guerra.
13. Philippe Ariès, *Essais sur l'histoire de la mort en Occident du Moyen-Âge à nos jours*, Seuil, 1975. Y del mismo autor, *L'Homme devant la mort*, tomo 1: *La Mort apprivoisée*, tomo 2: *La Mort ensauvagée*, Seuil, 1985.
14. Philippe Barrès, *La Guerre à vingt ans*, Plon, 1924, p. 205.
15. Paul Flamant, *Le Réveil des Vivants*, Éditions du Nord-Est, 1924, p. 23.
16. Instrucción del G.Q.G. del 19 de julio de 1915.
17. Gérard Bacconnier, André Minet, Louis Soler, *La Plume au fusil. Les poilus du Midi à travers leur correspondance*, Privat, 1985. Y de los mismos autores: «Quarante millions de témoins», en la obra colectiva *Mémoire de la Grande Guerre. Témoins et témoignages*, Presses Universitaires de Nancy, 1989, pp. 141-169.
18. Principalmente al principio de la guerra, puesto que el reclutamiento de los regimientos respetaba tradicionalmente la procedencia regional. Esta situación fue menos cierta más tarde, cuando los regimientos acogieron reclutas de procedencias mucho más diversas y fue necesario cubrir las innumerables bajas.
19. Leyes de 26 de diciembre de 1914, de 4 de marzo de 1919 y de 17 de abril de 1919 (René Roman, *Code pratique des dommages de guerre*, Revue des dommages de guerre, 1922).
20. Acta de la declaración del comisario de Ivry-sur-Seine con fecha de 14 de abril de 1919. Archivos Nacionales, BB18-2607-1484-A-18.
21. Roland Dorgelès, *Le Réveil des morts*, Albin Michel, 1923, pp. 207-208.
22. *Ibidem*, pp. 33-34.
23. Instrucción del prefecto de l'Aisne a los alcaldes y comisarios de policía con fecha de 10 de junio de 1919. En *Recueil d'Actes administratifs de l'Aisne*, fasc. núm. 4, p. 69.
24. Paul Flamant, *Le Réveil des Vivants*, *op. cit.*, p. 23.
25. Instrucción del prefecto de l'Aisne a los alcaldes del departamento con fecha de 30 de abril de 1919. En *Recueil d'Actes administratifs de l'Aisne*, fasc. núm. 3, p. 47.
26. Charles Vilain, *Le Soldat inconnu. Histoire et culte*, Éditions Maurice d'Hartoy, 1933, p.57.
27. Général Weygand, *Le 11 novembre*, Flammarion, 1932, pp. 132-133.
28. *Ibidem*, p. 144.
29. El libro de Jean Ajalbert, *Comment glorifier les morts pour la Patrie? Opinions*, Georges Crès et Cie, 1916, es representativo en esa tendencia a glorificar y hacer heroica la muerte. Los 80 intelectuales, artistas y políticos preguntados en esta publicación y que dan su «opinión» sobre el tema defienden, con muy pocas excepciones, una heroización de la muerte, que permitiría a sus ojos una rápida y muy cómoda terapia de grupo.
30. Roland Dorgelès, *Bleu horizon*, Albin Michel, 1949, p. 121.
31. En realidad eran ocho.
32. Jean Guéhenno, *Journal d'un homme de 40 ans*, Grasset, 1934, reedición en Livre de Poche, 1966, pp. 211-213.
33. Stéphane Audoin-Rouzeau, *Cinq deuils de guerre 1914-1918*, Noesis, 2001, pp. 97-141.
34. René Naegelen, *Les Suppliciés. Histoire vécue*, Baudinière, 1927, pp. 162-163.
35. Paul Flamant, *Le Réveil des Vivants*, *op. cit.*, p. 84.

.....
THIERRY HARDIER es doctor en Historia, profesor de Historia en el liceo Paul Éluard de Noyon e investigador. **JEAN-FRANÇOIS JAGIELSKI** estudió en la École Normale de Lille, es licenciado en Letras Modernas e investigador. Conjuntamente son autores de *Combattre et mourir pendant la Grande Guerre (1914-1925)*, Imago, 2001, nueva edición en 2004. El presente artículo fue publicado originalmente en la revista *Quasimodo* n° 9, junio 2005.